

LC

LEWIS CARROLL

Cosa de locos

Los ilustradores de Alicia

por Teresa Duran

Pocos personajes han sido objeto de tantos y tan dispares tratamientos gráficos como la Alicia carrolliana, que pronto cumplirá siglo y medio de existencia. Del clásico Tenniel a Disney, pasando por Dalí, este artículo propone un repaso de los más brillantes e innovadores dibujantes que inventaron su Alicia, para nosotros.

Con la frase «¡Voy a volverme loco!» resumieron los ilustradores su relación personal con el muy puntilloso señor Dodgson, cuando éste iba por la vida como Lewis Carroll, autor de *Alicia en el país de las maravillas*.

Si el texto constituye una revolución literaria, un prodigio del *nonsense*, y un clásico fundamental en el bagaje cultural infantil, ello no impidió que fuese también —y continúa siéndolo— una tortura refinada, un rompecabezas inextricable y un desafío apabullante para los pobres ilustradores que tenían que plasmarlo en imá-

genes, especialmente cuando lo hicieron bajo la férrea tutela del autor.

Como todos saben, el texto nació, en forma oral, de labios de un matemático que llevó a sus queridas niñas Liddell, hijas del deán del Christ Church de Oxford, a dar un largo paseo en bote. Al acabar el paseo, y consecuentemente el relato, una de las niñas, la favorita de Carroll, Alicia, exclamó: «¡Oh, señor Dodgson, me encantaría que escribiese las aventuras de Alicia para mí...!». Y el señor Dodgson lo hizo. El 6 de agosto de 1862 empezó a redactar el que sería uno de los cuentos más fantásticos



ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, VICENS-VIVES, MADRID, 1988.

La Alicia de Lewis Carroll.

que en el mundo han sido... y uno de los escollos más grandes con el que jamás se topó Sir John Tenniel, caricaturista del *Punch*.

En principio, y como ya había hecho con otros cuentos, Carroll, al que no le faltaba talento, intentó ilustrarlo él mismo. Así lo hizo y pasó el manuscrito, que concluyó en 1863, a va-



GRAPHIS 177, GRAPHIS VERLAG, ZÜRICH, 1975-76.

La Alicia de Nicole Claveloux.



ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS, EDIVAL, VALLADOLID, 1978.

La Alicia de John Tenniel.

rios amigos y amigas quienes le rogaron que intentase su publicación. El impresor de la universidad, Mr. Combe, le presentó al editor londinense Macmillan, que aceptó el encargo de editarlo a expensas del propio autor. Pero en enero de 1864 Dodgson decidió que para ese libro se necesitaba la experiencia de un auténtico profesio-

nal de la ilustración. Un amigo suyo, el escritor Tom Taylor, le presentó a uno de los más diestros caricaturistas del *Punch*, John Tenniel, ilustrador que había ganado una merecida fama después de la publicación de las *Fábulas de Esopo* en 1848. Los dibujos que de los animales había hecho Tenniel complacieron a Dodgson, juzgán-



ALICIA EN TERRA DE MERAVELLES, JOVENTUT, BARCELONA, 1927.

La Alicia de Lola Anglada.

dole por ellos capaz de ilustrar su Alicia. Después de leer el manuscrito, Tenniel aceptó el encargo. Y así empezó la larga y borrascosa relación entre ambos autores.

Curiosamente, para el personaje protagonista, Carroll no quiso como modelo a su inspiradora Alicia Liddell, sino que mandó a Tenniel una fo-



La Alicia (y la Thatcher) de Browne.

tografía de Mary Hilton Badcock, una niña delgadita, con larga melena rubia recogida por una cinta. Y así se nos ha transmitido de generación en generación, de dibujante en dibujante, a lo largo de más de un siglo. Sin embargo, al ver los dibujos de la protagonista, Dodgson se horrorizó. La encontró deforme, cabezona, patiborreta, alejada por completo del modelo que él había sugerido. Pero, ¿cómo podía ilustrar Tenniel semejante descripción?: «¿Cómo eras tú, Alicia soñada, a los ojos de tu padre adoptivo? ¿Cómo te describiría él? En primer lugar, cariñosa; cariñosa y amable: cariñosa como un perro (perdona lo prosaico de este símil, pero no conozco un amor terrenal más puro y más perfecto), y amable como un cervatillo; después deferente: deferente con todos, con el grande y con el humilde, con el ilustre y con el grotesco, con el Rey y con la Oruga, como si fuese ésta incluso la hija de un rey, y su vestido estuviese labrado en oro; en tercer lugar, confiada, dispuesta a aceptar los más disparatados imposibles con esa total credulidad que sólo los soñadores conocen; y por último curiosa: ¡tremendamente curiosa, y con esa ávida fruición de la Vida que sólo se da en las horas felices de la niñez, cuando todo es nuevo y hermoso, y cuando el Dolor y el Pecado no son más que nombres, palabras vacías que nada significan!». Para Tenniel, dibujante caricaturista, esta descripción tan llena de valores morales, significó seguramente también un conjunto de palabras vacías que ninguna forma significaban.

La práctica de mandar fotografías, notas, acotaciones, inspiraciones a Tenniel —«'Creo que el Conejo Blanco' debía llevar lentes. Estoy seguro que tenía una voz destemplada, que le temblaban las rodillas, y que su aspecto general denotaba una total incapacidad para plantarle cara a una gallina»—, fue constante. Tenniel quedó abrumado y rehusó categóricamente utilizarlas: «El señor Tenniel es

el único artista que ha dibujado para mí, que se ha negado categóricamente a utilizar un modelo, y ha declarado que lo necesita tanto como yo una tabla de multiplicar para resolver un problema matemático. Me atrevo a creer que se equivocaba...» dice Dodgson. Pero, ¿lo decimos, nosotros, hoy? ¿Acaso podía Tenniel resol-

ver de otro modo, sin color y sin los medios reprográficos actuales, sin el recurso de la animación, las sugerencias de Carroll? ¿No es por ello por lo que, cada día más, los dibujos de Tenniel nos van pareciendo indiscutiblemente los mejores para Alicia?

Ello no impide que, conscientes de las diferencias entre Carroll y Tenniel,

sean ya muchos los ilustradores que aceptan el reto de redibujar este clásico. Y casi todos lo hacen recogiendo la experiencia de Tenniel.

En Alicia, Tenniel fue un animalista consumado, como puede observarse en el dibujo del discurso del ratón; un caricaturista redomado, aceptando la propuesta de representar al ex-

LAS TRADUCCIONES

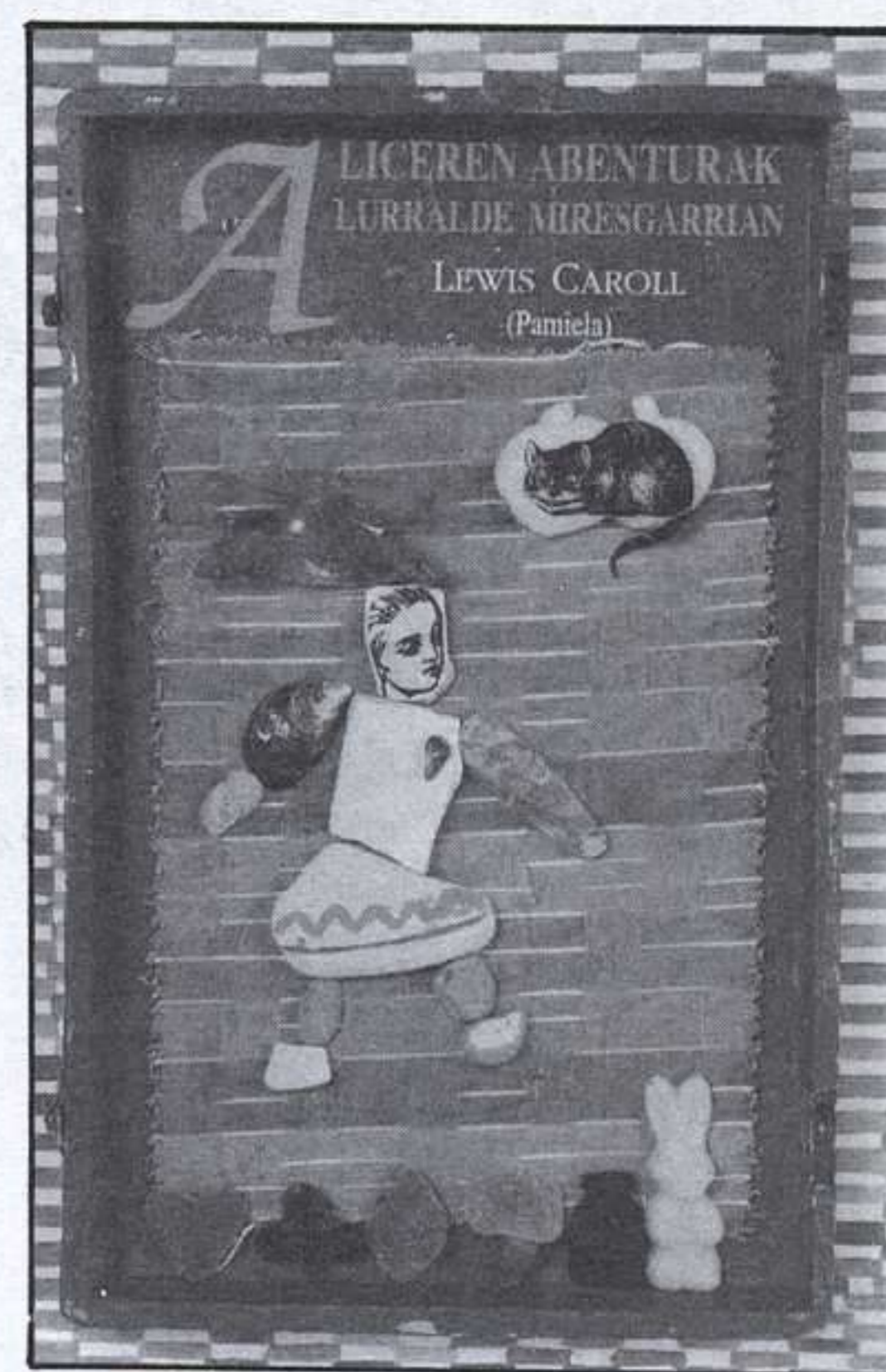
«Alicia» en vasco

Resulta difícil resumir en pocas líneas las impresiones del traductor al euskera y lector impenitente de dos obras como *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*.

En el aspecto del traductor, los apuntes técnicos se presumen a priori distintos de los de mis colegas traductores al castellano, catalán y gallego, lenguas éstas análogas entre sí en cuanto a su estructura y recursos expresivos, pero bien distintas de la lengua vasca. La similar tendencia sintética en la construcción de las palabras compuestas y la ausencia de género gramatical establecen un cier-

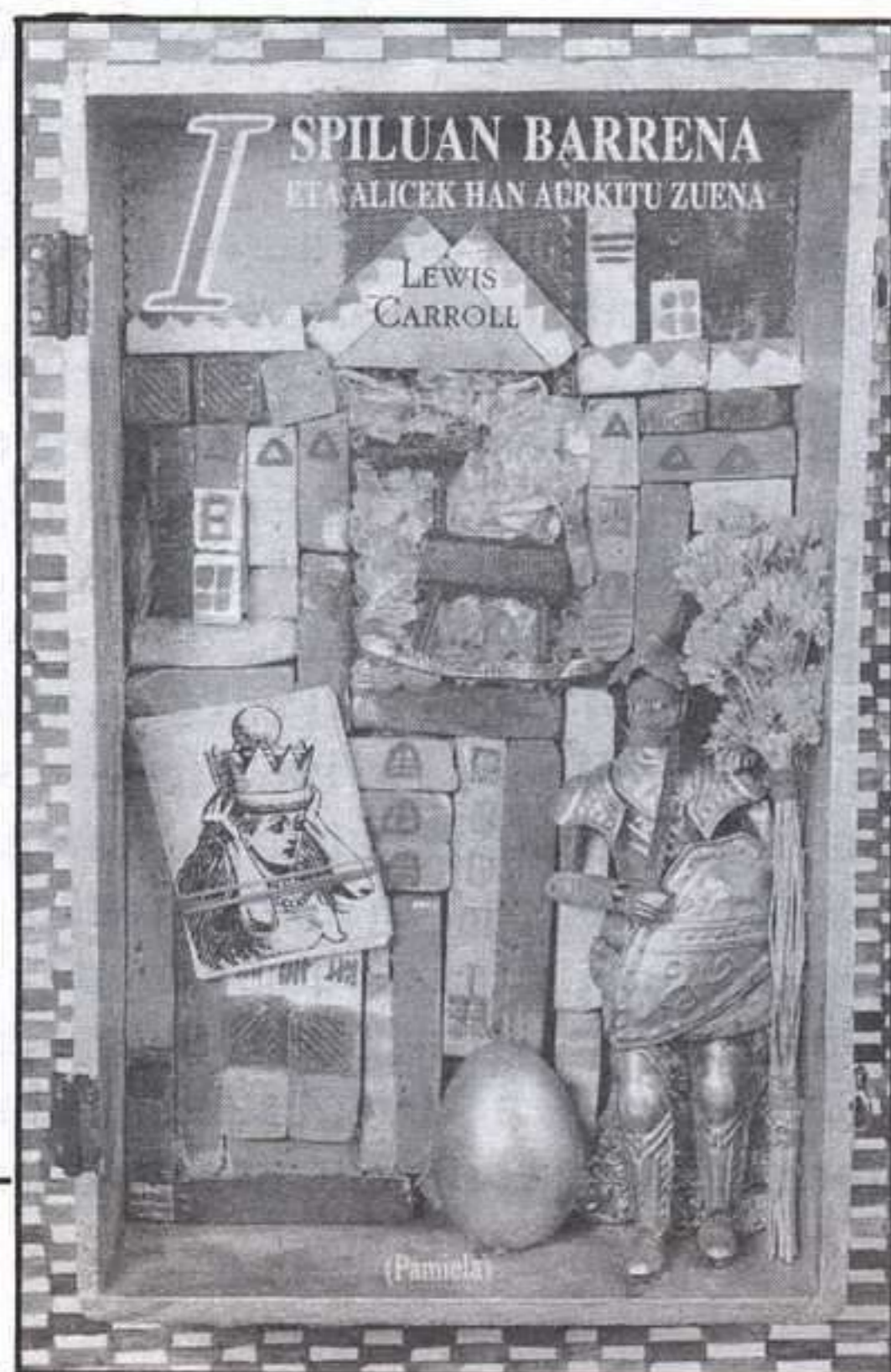
to grado de cercanía entre el inglés y el euskera, que facilita la traducción. En el otro extremo, la relativa lejanía temporal y cultural con respecto a la época victoriana, junto a la falta de tradición en la literatura vasca de obras con suficientes ingredientes en lo que a juego verbal se refiere, hacen que el lector vasco se pueda sentir incómodo ante la gran cantidad de referencias de este tipo que aparecen en esas dos obras de Carroll. Estas dificultades son las que hacen prácticamente imprescindible que ambas obras sean vertidas a otra lengua por un mismo traductor o, cuanto menos, con criterios similares, para evitar la dispersión y ulterior confusión.

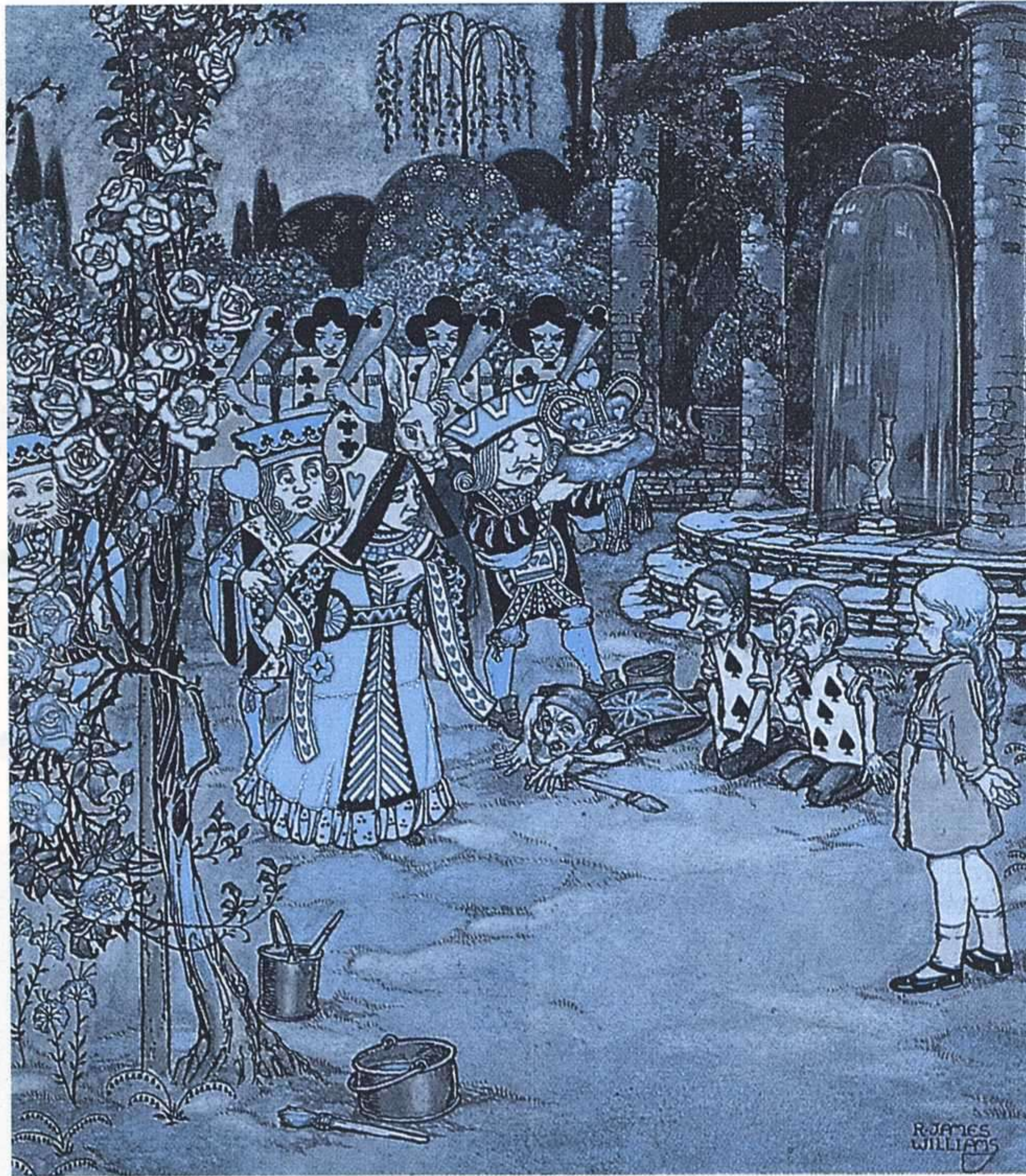
Mis impresiones como lector difícilmente pueden dissociarse de las del traductor, en el sentido de que suele ser el propio traductor el mejor conocedor de los entresijos de la obra traducida. En este sentido, y como anécdota, no puedo sustraerme a la fundada impresión de que el Conejo Blanco era albino, a juzgar por la descripción que de él se da en el primer capítulo («Conejo Blanco de ojos rosáceos»), más aún teniendo en cuenta la debilidad en la vista de este tipo de personas y animales, que tiene su correspondencia en el cuarto capítulo, en donde teniendo delante



a Alicia la confunde con su criada Mary Ann. Por otra parte, ¿alguien recuerda si el Conejo Blanco de Disney llevaba lentes? Ciertamente o no, estoy seguro de que cada lector guardará celosamente algún novedoso descubrimiento revelado por la segunda o la tercera lectura de cualquiera de estas dos magníficas obras.

Manu López Gaseni es traductor de «Aliceren abenturak lurralde miresgarrian» (Pamiela, Pamplona, 1989), y de «Ispiluan barrena eta Alicek han aurkitu zuena» (Pamiela, Pamplona, 1989).





La Alicia de R. James Williams (1920).

céntrico Theophilus Carter, ingenioso negociante de Oxford, como Sombrero Loco (muchos coetáneos, en cambio, vieron en ese dibujo la caricatura del primer ministro Gladstone, y muchos años después alguien dijo: «Es imposible describir a Bertrand Russell salvo diciendo que se parece al Sombrero Loco. La caricatura de Tenniel casi parece una anticipación por parte del artista»). Y como la Liebre de Marzo se parecía a McTaggart

y el Lirón semejaba a Moore, los tres filósofos colegas fueron conocidos en Cambridge como el «Té loco del Trinity»); y un delicado fantasista.

Tenniel, que tenía un ojo ciego a causa de un desgraciado accidente que sufrió a los veinte años, fue considerado un maestro del dibujo por sus coetáneos, quienes alabaron en él «su poderosa memoria y brillante sentido de la observación». Viudo a los dos años de su matrimonio, y sin hijos,

perdió a su querida madre en 1864, cuando apenas había hecho el primer dibujo para Alicia, y sumido en una profunda depresión, no reanudó la tarea hasta mucho después, lo que motivó que el libro no apareciera, con los plácemes de ambos autores —la primera edición fue retirada de la circulación a causa de los defectos de impresión que señaló Tenniel— hasta la Navidad de 1865. El dibujante quedó agotado, no tanto por la tarea como por la pesadez de Dodgson, y no fue sino con mucha relucencia que acabó por aceptar la ilustración de *Alicia en el mundo del espejo*, en 1871. Por este libro fue condecorado caballero y dicese además que el aspecto físico de Tenniel recordaba al del Caballero Blanco del libro. Ello no impidió que, después de su publicación, Tenniel, exasperado, confesara que no aceptaría ningún otro libro para ilustrar. Así lo hizo y quizá todos hayamos perdido algún tesoro por culpa de Carroll.

Otro de los dibujantes caricaturista del *Punch*, Harry Furniss, quien trabajó con Carroll con motivo de la publicación de *Silvia y Bruno* (1889), nos brindó una espléndida caricatura de la colaboración entre ambos con el epígrafe «I Go Mad!» y describió a Carroll como «un espíritu ingenioso, un gentleman, un pesado, y un egotista», y añade «me dejaba perdido y obstinado, al borde de la locura...».

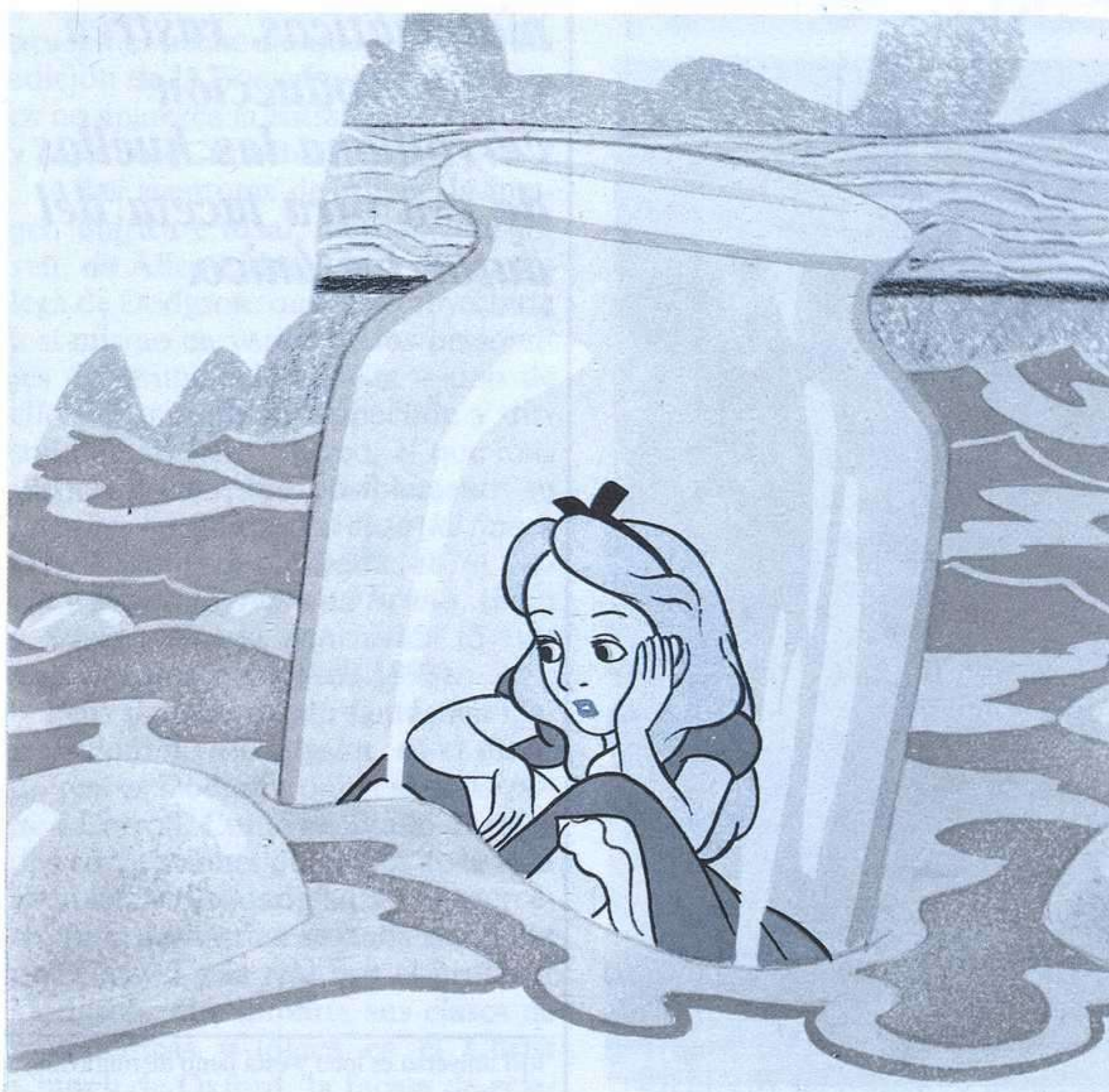
Si la relación con el autor de Alicia no fue fácil, los ilustradores que se atrevieron con la obra fueron numerosos. Entre los ingleses, una vez extinguido el período de vigencia del copyright, aceptaron el reto Arthur Rackham en 1907, Mabel Lucie Attwell en 1910, Mervyn Peake en 1947, Ralph Steadman en 1967 (quien subrayó las peculiaridades matemáticas del texto con un brillante juego de geometrías), y más recientemente, en 1988, Anthony Browne (quien juega una fuerte baza surrealista en toda la obra y recoge el ramalazo caricaturis-



La Alicia impublicada de Detmold.



La Alicia de A. Rackham.



La Alicia de Walt Disney.

ta de Tenniel al identificar a Margareth Thatcher como la Reina de Corazones).

Fuera de Inglaterra destacan los trabajos de Walt Disney (1951) y Willy Pogany (1929) en Estados Unidos, donde en 1969 también se hizo una edición restringida del libro, ilustrada por Salvador Dalí; del sueco Tove Jansson (1977); de la francesa Nicole Claveloux (1974); y, en España, los de Lola Anglada (1930).

Hay muchos más ilustradores que se han atrevido con el texto, pero quizás éstos sean los más brillantes o los que más nuevas aportaciones hayan hecho. Nada nos impide soñar con que, al fin, algún día Alicia salga a la luz con el aspecto definitivo soñado por su autor, y que éste, complacido, deje de incordiar a los audaces ilustradores quienes, demasiado a menudo, tienen que materializar las irrealizables imágenes dictadas por escritores abstrusos. Hasta que este imposible día llegue, tenemos Alicias para rato y al por mayor. ■